Los Humboldt en Colombia o la nostalgia del universo

Los hermanos Alexander y Wilhelm von Humboldt en Colombia
Huellas históricas de la cooperación científica entre dos continentes
SVEN WERKMEISTER, ANGÉLICA HERNÁNDEZ BARAJAS
(Editores)
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2013, 295 págs., il.

LA FIGURA de Alexander von Humboldt quedó marcada para la posteridad por su recorrido por las tierras americanas entre 1799 y 1804, que le valió el título oficioso de segundo descubridor de América, y por su obra máxima, *Cosmos*, un monumental intento por lograr una descripción física de la tierra en la que reunió todos los conocimientos científicos hasta ese momento disponibles. Hans Magnus Enzensberger ha calificado *Cosmos* como una alternativa laica a la Biblia. Su recorrido por tierras americanas puede ser visto en buena parte dentro de ese proyecto gigantesco.

Daniel Kehlmann, en su excelente novela *La medición del mundo*, de la que existe una edición en español (2007), dice que en la familia Humboldt se decidió que uno de los dos hermanos estudiara ciencias naturales, esa suerte le tocó a Alexander, y al mayor, Wilhelm, se le destinó a las llamadas ciencias del espíritu. Más que por la importancia que haya podido tener su obra escrita, a Wilhelm von Humboldt se le recuerda ante todo por haberle puesto su sello a la universidad alemana desde su puesto como director de cultura del gobierno prusiano que asumió en 1809.

La universidad humboldtiana estaba marcada por el ideal de la vinculación de la investigación con la docencia, por la imagen de que los estudiantes debían formarse asomándose al trabajo científico desarrollado por sus profesores y siguiendo libremente los impulsos de su curiosidad en las bibliotecas y los laboratorios. El ideal estuvo vigente todo el siglo XIX, siguió vivo en las primeras décadas del siglo XX, sobrevivió a la estocada que le propinaron los nazis pero mucho más tarde, a mediados de los sesenta, empezó a ser cuestionado desde diversas perspectivas y, finalmente, ya en el siglo XXI, recibió un golpe mortal con el llamado Proceso de Bolonia que implica una escolarización de los estudios universitarios, contraria al ideal de la búsqueda libre del conocimiento que propugnaba Humboldt.

En cierta medida, pensar en los dos hermanos es un ejercicio de nostalgia de una universalidad perdida y una manera de expresar unas ansias de totalidad acaso imposibles de colmar. El uno representa un tipo de científico –tal vez el último representante de este– que hoy resulta imposible de encontrar debido a la creciente especialización. Su figura tiene todavía algo de renacentista y acaso puede decirse que su antepasado remoto es Leonardo da Vinci. El otro representa un tipo de universidad en la que predominaba la búsqueda libre del conocimiento, sin planes de estudios rígidos y que, aunque el estudio pueda y deba desembocar en la especialización en muchos, permite un camino que abre diversos horizontes y que mezcla disciplinas en el proceso de formación.

El libro que intentaré reseñar –*Los hermanos Alexander y Wilhelm von Humboldt en Colombia*, editado por Sven Werkmeister y Angélica Hernández Barajas– está dedicado a la presencia de los dos hermanos en nuestro país. La base del libro es la compilación de una serie de ponencias presentadas en un simposio realizado en la Universidad Javeriana en 2010 a las que se agregaron algunos ensayos posteriores.

En el caso de Alexander von Humboldt se trata en buena parte de indagar sus pasos en su célebre expedición y de examinar su legado científico, centrándose en la parte de sus investigaciones que tuvieron que ver con el territorio del antiguo Nuevo Reino de Granada. En el caso de Wilhelm von Humboldt, que nunca estuvo en lo que hoy es Colombia, los ensayos reunidos giran en torno a la pregunta de en qué medida sus ideas sobre la universidad y la educación han influido sobre el desarrollo de la universidad en Colombia y sobre las discusiones al respecto. A Alexander von Humboldt se le dedican seis ensayos. Cinco centrados en el viaje a América y en el paso sobre el Nuevo Reino de Granada y otro, de la filósofa alemana Marion Heinz, dedicado a *Cosmos*. A Wilhelm von Humboldt se le dedican cuatro ensayos en torno a su idea de la universidad y a su concepción de la educación.

La introducción del libro, escrita por los dos editores, parte de la llegada a Santafé de Alexander von Humboldt y de su compañero de viaje, el botánico francés Aimé Bonpland y de su encuentro con José Celestino Mutis. "El viaje a América –constatan Werkmeister y Hernández Barajas a partir del encuentro con Mutis– no se limitó al estudio de la naturaleza, geografía, historia y antropología del continente americano sino que también incluyó encuentros con los científicos latinoamericanos más importantes de la época" [págs. 9-10]. Para completar la imagen cabría recordar que no todos esos encuentros fueron fructíferos. La relación de Humboldt con Francisco José de Caldas –mediada por Mutis– fue más bien un desencuentro. Sin embargo, es válida la hipótesis de que esos encuentros, y tal vez también los encuentros fallidos, ayudaron, o habrían debido ayudar, al desarrollo de una ciencia moderna en Colombia y redes de cooperación con Europa. La idea de lograr una descripción física de la tierra, desarrollada en *Cosmos*, implicaba la creación de una red de científicos de diversas regiones y tal vez también de diversas disciplinas.

En la introducción se afirma en forma concluyente que con ello se sentaron las bases para una cooperación científica entre América y Europa. Creo que habría que decir que se debieron sentar las bases para una cooperación. Habría que revisar si esa cooperación, para la que el nombre de Humboldt suele usarse de patrono, no surgió en realidad mucho después y si en el siglo XIX, pese a la posible semilla dejada por Humboldt, no predominó el aislamiento frente a los desarrollos científicos en Europa. En todo caso, hay que admitir que al menos desde una perspectiva simbólica, como ejemplo de una cooperación recuperada más tarde, la influencia de Alexander von Humboldt en las relaciones científicas entre los dos continentes es evidente.

En el caso de Wilhelm von Humboldt hay que empezar por preguntarse si hubo alguna influencia y aceptar

que de cualquier modo fue menos clara que la de su hermano menor. En la introducción se sostiene que el ideal de educación de Wilhelm von Humboldt "entendido como autoformación libre del individuo, hasta hoy puede servir de punto de partida para impulsos críticos en la discusión acerca de la academia de nuestros días" [pág. 10]. Esa afirmación habría que contrastarla más tarde con los ensayos de Guillermo Hoyos y Dieter Wolfram. Este último llega a la conclusión de que no hubo una influencia directa de Wilhelm von Humboldt en el desarrollo de la universidad en Colombia pero que su noción de *Bildung* sí ha tenido su papel en las discusiones sobre la educación.

Entre los seis ensayos dedicados a Alexander von Humboldt hay dos centrados en la botánica, uno de carácter general, "La investigación botánica en el viaje de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland" de Santiago Díaz Piedrahita, y otro de Pedro Ortiz Valdivieso y Alberto Gómez Gutiérrez, "Las orquídeas en Colombia en la obra de Humboldt, Bonpland y Kunth". El ensayo de Díaz Piedrahita –más provechoso para todo aquel que no tenga un interés específico en las orquídeas– reconstruye casi todo el viaje que, dice, cambió la visión europea del continente americano, sobre todo en lo que se refiere al conocimiento de la flora tropical que hasta esos momentos era bastante precario.

Humboldt y Bonpland llegaron a Cartagena en marzo de 1801, allí José Ignacio de Pombo los convence de remontar el Magdalena, por tierra, y cruzar los Andes. Los planes de Humboldt y Bonpland eran unirse a una expedición que debía partir de Guayaquil hacia Filipinas, pero el recorrido a lo largo del Magdalena terminaría mostrándoles que había suficientes cosas por hacer en el continente americano. Además de una trabajo de recolección y clasificación de plantas impresionante, en el viaje, dice Díaz Piedrahita, "Humboldt comprendió lo que aparentemente nadie había comprendido, que la organización de los seres vivos respondía en buena medida al clima y que el clima en las zonas equinocciales estaba condicionado por la altitud" [pág. 31]. Esa idea es la base de la geografía de las plantas, uno de los aportes más destacados de Humboldt a la comprensión de la naturaleza americana.

Los viajeros llegan en cuarenta y cinco días a Honda, luego siguen a Santafé donde pasan más tiempo de lo previsto debido a unas fiebres que afectaron a Bonpland, quien se dedica a curarse y a ordenar las colecciones mientras Humboldt visita las salinas de Zipaquirá, la laguna de Guatavita y el salto de Tequendama y sostiene fructíferas conversaciones con Mutis, cuyo apoyo a la empresa humboldtiana es destacado por Díaz Piedrahita. Mutis pone al servicio de Humboldt toda la infraestructura de la Expedición Botánica. Del libro *Plantes Équinoxiales*, un tercio de las plantas clasificadas provienen de lo que hoy es Colombia y de ellas un tercio ya habían sido analizadas por la Expedición Botánica

Entre esos dos ensayos, centrados en la botánica, hay otro –"Alexander von Humboldt, ciencia y tecnología" de Jorge Tomás Uribe Ángel– que se centra en los aportes hechos a la minería y, sobre todo, a la optimización de la explotación de las salinas de Zipaquirá en un informe realizado por encargo del virrey Mendinueta mientras Bonpland se recuperaba de sus fiebres. El trabajo está bien concebido, aunque tal vez dentro del contexto del libro sea el menos interesante ya que, al destacar un episodio aislado en el que Humboldt se ocupa de la tecnología aplicada y no la ciencia pura, nos desvía del aspecto esencial de su trabajo

Al lado de esos tres ensayos, escritos desde la perspectiva de las ciencias naturales, hay otros tres pensados desde la otra orilla, desde las llamadas ciencias del espíritu. El más llamativo tal vez sea el que dedica Marion Heinz a *Cosmos* en la medida en que ese trabajo aborda lo que Humboldt consideraba la cumbre de su trabajo científico, pero los otros dos –uno de Oliver Lubrich, que viene de la literatura, y otro de Marta Herrera Ángel– son igualmente interesantes. Ambos, desde distintas perspectivas, se ocupan de la manera como Humboldt busca mostrar lo que ha visto a un público que no tiene referencias para ello con lo que desembocan en una reflexión que se podría llamar estética.

El título del ensayo de Lubrich –"Del zogroscopio al espacio vital. Alexander von Humboldt y los medios de viajes"– y el comienzo del mismo, en el que muestra a los americanos viendo reproducciones de escenas de la vida europea, puede llamar a la confusión al lector desprevenido. Cuando habla de los medios de viaje está hablando en buena parte de instrumentos de medición y de otras ayudas técnicas, como el telescopio. Los aparatos técnicos le garantizan a Humboldt más precisión en sus observaciones y disminuyen posibles distorsiones que puedan venir de las impresiones de los sentidos. A ese respecto, Lubrich cita una apreciación sobre la medición del calor en Venezuela en la que, dice, "la carencia de concordancia entre los instrumentos y las impresiones de los sentidos debe ser atribuida a la irritación continua que ejercen los mosquitos sobre la piel" [pág. 92].

No obstante, ahí no se agota el tema ya que la reflexión fundamental de Lubrich apunta a la forma como se puede reproducir lo observado y lo vivido "con todos los sentidos" de una manera que no sea solamente texto [pág. 86]. En ello, los gráficos de Humboldt, el ejemplo más destacado el corte transversal de los Andes, en los que al dibujo se le agregan los datos de las mediciones y observaciones que se ponen en relación entre sí, tienen un papel clave.

Es interesante asimismo la observación que hace Lubrich acerca de que un diario de viaje convencional no le sirve a Humboldt puesto que este solo puede concentrarse en algunos aspectos de la historia natural y pierde de vista conexiones importantes. A ese respecto, habría que agregar que, tal vez por eso, los diarios de viaje de Humboldt son casi palimpsestos, a los que él les iba pegando de manera constante hojas adicionales con datos, reflexiones, dibujos y diagramas. En todo caso, lo clave es que la reproducción de lo vivido y observado no se podía quedar en una clasificación estática. El reto que asume Humboldt en ese sentido es también literario y pictórico.

Al margen de todo aquello, Lubrich también nos ofrece una observación sobre la condición privilegiada de la literatura de viajes en la medida en que muchas veces lo ajeno es más reconocible que lo familiar, lo mismo que con algunos instrumentos muchas veces podemos percibir cosas mejor de lejos que de cerca. Humboldt plantea

la hipótesis de telescopios en la luna para observar la tierra y anticipa que, cuando existan, "alguna pregunta que tratamos de solucionar acá en vano será explicada desde la luna" [pág. 95].

Desde esa perspectiva, tal vez pueda decirse que el viaje americano de Humboldt no solo tiene el propósito de explicar la naturaleza americana, sino que es parte de su intento de explicar el universo –el cosmos–, al igual que su otro viaje fundamental a la estepa rusa.

La universalización de la mirada de Humboldt desemboca en *Cosmos* que es el tema de Marion Heinz. Marta Herrera Ángel, en cambio, se dedica a un aspecto parcial del viaje a América que son las ocho láminas sobre Colombia, cinco asociadas a la cultura muisca. En ese ensayo, además, hay reflexiones de tipo estético, como en la de la dificultad de expresar el vértigo que se siente ante el salto de Tequendama, y también sobre el diálogo de Humboldt con los indígenas, los únicos geógrafos de América en ese momento según él. Empero, lo central tiene que ver con la dificultad del europeo ante el paisaje americano. En algunos casos, el salto de Tequendama y la laguna de Guatavita, por ejemplo, se sienten como paisajes naturales, en cambio que para los muiscas eran paisajes culturales. En las reflexiones de Herrera Ángel se apunta a que Humboldt tiende a superar ese problema en sus anotaciones.

En todo caso, la unión de una voluntad científica con una voluntad estética es algo que atraviesa los ensayos de Herrera Ángel y de Lubrich y que igualmente aparece en el trabajo de Marion Heinz sobre *Cosmos*. El *Cosmos*, dice Marion Heinz, es algo que en la actualidad suscita una atracción especial en medio de "un mundo fragmentado". El proyecto de su obra fundamental fue descrito por Humboldt en una carta a un amigo en la que habla de la "formidable idea de presentar todo el mundo material, todo lo que conocemos de los fenómenos de los espacios celestes y de la vida sobre la tierra, desde las estrellas nebulosas hasta la geografía de los musgos en las rocas de granito, de presentarlo todo en una obra que al mismo tiempo motive en lenguaje vivificante y recree el espíritu" [pág. 179]. En la cita se ve no solo la unión de una voluntad científica con una voluntad estética, sino también una pretensión totalizante. La materia son los resultados de las ciencias particulares y la forma la presentación de la naturaleza como una totalidad viviente en la que "lo particular sólo se considera en su relación con el todo" [pág. 182]. Marion Heinz enmarca la obra de Humboldt dentro del neovitalismo, que surgió en su momento como una reacción contra la visión mecanicista del mundo. En ese sentido, la idea no es la postulación de un sistema único o como un agregado muerto, sino como una concatenación de subsistemas dentro del sistema tierra. El ejemplo más claro es el de la geografía de las plantas.

Una de las virtudes del libro es que escapa a un problema típico de las obras de este tipo, basadas en la recopilación de ponencias, y es que no es repetitivo. Cada uno de los ensayos reunidos ofrece una perspectiva diferente, tanto en la primera parte, de la que me he ocupado hasta ahora, como en la segunda, dedicada a la idea de la universidad de Wilhelm von Humboldt. Dieter Wolfram, empieza explicando las ideas que guiaron la reforma universitaria en Prusia, impulsada por Humboldt desde su cargo en el Ministerio de Educación.

La primera idea es el rechazo de la subordinación de la formación universitaria –aceptemos esa expresión para traducir la expresión *Bildung* en el contexto humboldtiano, aunque es claro que no es el equivalente exacto– a los intereses inmediatos de la sociedad. No se trata sencillamente de formar profesionales sino, ante todo, de apoyar el proceso de autoformación del individuo en el que las instituciones educativas solo pueden ser un apoyo.

Una condición para que esa autoformación sea posible es la libertad. Libertad de intervenciones estatales –la universidad debe, según Humboldt, ser financiada por el Estado pero este debe dejarla funcionar con autonomía–, pero también libertad del estudiante en su búsqueda personal. "Asistir a las clases es un asunto secundario, lo esencial es que uno viva un par de años para sí mismo y para la ciencia, en una estrecha comunidad con personas iguales en sensibilidad y en edad y conscientes del hecho de que hay en el mismo lugar un número de personas con una autoformación completa y que se dedican únicamente a la ampliación y divulgación de la ciencia", dice Humboldt, citado por Wolfram [págs. 198-199].

Los beneficios prácticos son, por así decirlo, efectos secundarios del proceso, mientras que el objetivo central es capacitar a los estudiantes para "entender y generar la unidad de la ciencia" [pág. 199]. En ese proceso la filosofía desempeña un papel clave pues es el centro de la universidad humboldtiana. Wolfram asimismo le regala al lector una cita de Schleiermacher sobre la función del profesor que no debe ser solo la transmisión del conocimiento sino "reproducir su propio proceso de entendimiento" [pág. 199] para que los estudiantes "no solamente coleccionen conocimientos sino que observen de inmediato la operación de la razón para llegar al entendimiento" [pág. 119].

Wolfram revisa también la historia de la universidad colombiana en el siglo XIX para constatar que no hay en ella influencia alguna del ideal humboldtiano y que tampoco puede pensarse que las universidades prusianas fueran vistas como un modelo a seguir. En realidad, sin entrar aquí a hacer todo el repaso que hace Wolfram, es claro que entre el intervencionismo –unas veces estatal y otras eclesiástico– que marcó la universidad colombiana en el siglo XIX y la concepción de la universidad como una escuela de oficios, que aún sobrevive, no había espacio para el ideal humboldtiano.

Sin embargo, es claro que la discusión no puede agotarse en esa constatación, como puede verse en el trabajo de Guillermo Hoyos Vásquez –que tal vez haya sido uno de los últimos que escribió– en el que se pregunta por el aporte que puede tener el ideal humboldtiano de universidad a "procesos de emancipación inconclusos como los de nuestros países" [pág. 217].

En su argumentación, Hoyos tiene dos interlocutores de quienes se distancia. Uno, son los defensores de las llamadas universidades de tercera generación, basadas en una colaboración estrecha con la industria, lo que apunta a dar prioridad a los conocimientos prácticos. Otro es Boaventura de Sousa Santos, que se plantea un distanciamiento de la universidad humboldtiana, a la que sindica de elitista, para plantearse la creación de la universidad para la emancipación. A los

primeros, Hoyos les opone los ideales humboldtianos, así como sus antecedentes y sus ecos en filósofos recientes como Jürgen Habermas o Martha Nussbaum, y la idea central de que el afán de pasar a lo práctico causa superficialidad, tanto en la práctica como en el conocimiento. Al segundo, Hoyos responde diciendo que un examen de los ideales humboldtianos están más cerca de los impulsos emancipadores de lo que muchos creen.

Una posible influencia de Humboldt en la universidad colombiana, que Wolfram niega para el siglo XIX, pudo darse, de acuerdo con Hoyos, a finales del siglo XX, sobre todo, con la reforma de 1992, que vino del ambiente creado por gente formada en universidades humboldtianas. Esa afirmación habría que contrastarla en detalle pero, en todo caso, lo que más le interesa a Hoyos son las consecuencias negativas del abandono de los ideales humboldtianos en todas partes del mundo en un tiempo en el que parece primar la idea de que el objetivo fundamental de la educación es aumentar la productividad.

Ese viraje, según Hoyos, ha perjudicado nuestra capacidad para criticar la autoridad, ha reducido nuestra simpatía con los marginales –esto último no se entiende bien por qué– y "ha pervertido el sentido de nuestras capacidades para ocuparnos de problemas globales complejos" [pág. 236].

Lo último es probablemente verdad, lo segundo requeriría de una explicación y lo primero es al menos problemático ya que, con todas sus virtudes, la crítica de la autoridad nunca estuvo entre los fuertes de la universidad humboldtiana, aunque hay que reconocer que ello puede ser el resultado de una perversión de los ideales originarios. En esos ideales propone abrevar Hoyos para que la universidad no se limite a atender la demanda de una sociedad cada vez más marcada por lo que él llama el capitalismo cognitivo y reconectar la educación con las humanidades para fortalecer la capacidad crítica, instalando el diálogo como un dispositivo fundamental de la Paideia.

Todo eso suena de manera maravillosa pero se estrella contra el problema de que, al menos a partir del momento en que hubo una masificación de las universidades alemanes en los años setenta, va en contravía de lo que empezaron a pedir a gritos buena parte de los estudiantes, que por lo demás ahora tampoco están para nada satisfechos con el Proceso de Bolonia. Mientras preparaba esta reseña, recordé un pasaje de *América* de Kafka en la que el personaje central dice que nadie quería hacerse artista pero todo el mundo quería que le pagaran por su trabajo. De la misma forma, muchos estudiantes reclaman una formación profesional que les permita después un oficio y pocos, muy pocos, tienen un interés realmente académico o científico. En realidad, no se les puede criticar; la universidad, que es el único empleador para científicos, no tiene suficientes puestos y todo el mundo tiene que vivir de algo, pero tal vez pueda encontrarse un término medio en el que las universidades no terminen degradándose a meras escuelas de oficios. Muchas universidades colombianas, no hablo de las mejores, nunca han sido más que eso.

Rodrigo Zuleta